

## El Lutero de los teólogos y el Lutero de los filósofos

Marta García Alonso

A. Ginzo, *Protestantismo y Filosofía. La recepción de la Reforma en la filosofía alemana*, Madrid: Universidad de Alcalá, 2000. 309 pp.

Arsernio Ginzo, profesor titular de la Universidad de Alcalá, es uno de los grandes especialistas españoles en el Idealismo alemán. Editor de obras clave de G.W.F. Hegel — como *El concepto de la religión* (1981) y los *Escritos pedagógicos* (1991)— y Schleiermacher —*Sobre la religión* (1990)—, así como autor de una introducción al pensamiento de Feuerbach (1995), aborda en esta ocasión la difícil tarea de analizar la relación entre la filosofía alemana y la tradición protestante que le sirve de fuente. Una relación tan estrecha, nos advierte, que el propio Habermas llega a afirmar que, para filosofar en Alemania, los católicos «casi deben hacerse protestantes» (p.11). En nuestro país, donde lo habitual es presentar el pensamiento de los grandes filósofos desligado de la tradición cultural que los alimenta, la empresa que enfrenta este libro representa, por tanto, una agradable excepción.

El libro se ha dividido en tres partes, en las que se presenta la recepción de la Reforma en otros tantos periodos históricos de la filosofía alemana. Esta división constituye por sí misma una guía que permite observar evolutivamente la recepción de ciertos motivos asociados al protestantismo en el seno de sistemas filosóficos tan distintos como el kantiano, el hegeliano o el nietszcheano, por mencionar sólo algunos.

La primera parte comprende desde los comienzos de la Reforma a la Ilustración alemana (pp. 15-78). En un primer capítulo, se ofrecen los que, según el autor, son los pilares conceptuales de la Reforma (pp.17-34): *subjetividad*, en cuanto se postula a la conciencia como única vía de acceso en la relación con Dios, lo que provoca la revalorización de la interiorización de lo religioso; *biblicismo*, ya que la Biblia, interpretada de modo literal, es la única vía que permite el conocimiento de la Voluntad de Dios; *secularización*, por cuanto la vida religiosa se simplifica eliminando numerosos componentes religiosos; *nacionalismo*, reflejado en la contribución a las lenguas vernáculas; *estatalismo*, puesto que se revaloriza el papel del Estado y de la política, al recibir un fundamento divino.

En el capítulo segundo, se describen los primeros pasos de la recepción de la Reforma: desde su encuentro con las corrientes pietistas y espiritualistas que ponen el acento en la práctica religiosa en detrimento de la teología especulativa, hasta el ensayo de conciliación leibniziana entre filosofía y religión, entre razón y fe (pp. 35-49). El capítulo tercero, a su vez, está dedicado íntegramente al momento de la Ilustración alemana, momento de mediación entre la religión y la filosofía que permitirá hablar de la formación de un *cristianismo filosófico*, distinto de la filosofía cristiana, más propia del catolicismo medieval (pp. 51-77). Lo que interesará, a partir de entonces, no serán los contenidos dogmáticos de la obra luterana, sino el «espíritu» de Lutero (p.53). Lessing es el primer

gran filósofo que inicia la lectura heterodoxa de Lutero y la interpretación ahistórica de la Reforma. Su intención era destacar el paralelismo entre la historia de la filosofía y la historia de la religión, entendiendo que lo decisivo de la religión no es la corrección dogmática, sino la práctica del amor. Su crítica al literalismo protestante, así como su reivindicación de la tolerancia, le permiten proponer una lectura relativista de las religiones positivas.

La segunda parte del libro constituye base fundamental del ensayo, en la que se aborda el momento de la consumación de la Reforma a través de la filosofía romántica e idealista. Por sus páginas desfilan autores como Schleiermacher, Novalis, Kant, Fichte o Hegel (pp.79-184), ofreciéndonos distintas lecturas de la religiosidad protestante. Veamos cómo presenta Ginzo alguna de ellas.

El autor muestra un Schleiermacher teólogo protestante (p.83), antes que filósofo, embarcado en la tarea de armonizar la dogmática y la filosofía, tarea que pasa por la relativización de la literalidad bíblica. Intérprete de la Reforma como proceso en marcha y, sobre todo, responsable de la redefinición de la esencia de la religión como *intuición* y *sentimiento*, contribuye al vaciamiento conceptual de la religión en beneficio de la *vivencia* religiosa (p. 91). Novalis, por su parte, también arremete contra los excesos de la bibliocracia, calificando el *culto a la letra* de los protestantes como uno de los motivos del empobrecimiento religioso del mundo moderno (p. 97). Su contribución a la comprensión de la Reforma, se resume en su empeño por alumbrar una nueva Cristiandad supraconfesional que permita el retorno de lo religioso, cuyos primeros pasos él ve en la Alemania que le tocó vivir (p.99).

Kant cierra el periodo romántico abriendo, a su vez, la era idealista caracterizada por la recuperación de las expectativas escatológicas abiertas por el cristianismo (p.104). Sin embargo, si Schleiermacher había intentado conjugar dogmática y filosofía, el filósofo de Königsberg, por su parte, se encargará de culminar la escisión de filosofía y religión, alejándose, en este sentido, de la tradición protestante. Ahora bien, según Ginzo, Kant y Lutero habrían coincidido en situar en un horizonte práctico la elucidación de los problemas relativos al sentido de la existencia humana, con la diferencia de que donde Lutero hablaba de fe revelada, Kant hablaría de «fe» racional (p.111).

Lo cierto es que esta diferencia bastaría por sí sola para invalidar la filiación luterana de Kant. Sin embargo, el autor insiste no sólo en que la convergencia existe, sino en que se hace aún más patente en el pensamiento religioso kantiano. Y es que, a pesar de reconocer que no hay un influjo directo del protestantismo en la obra de Kant, Ginzo asume las tesis de R. Malter, para quien su inserción en la tradición filosófica alemana, envuelta, a su vez, en el horizonte de la tradición protestante, justifica su apelativo de filósofo del protestantismo (p.109). La continuidad del filósofo de Königsberg con la Reforma se haría patente en la defensa de la interiorización de normas religioso-morales, en la centralidad de la conciencia frente a las prácticas estatutarias, en su *teísmo moral*, que opondría una fe racional consistente en la mejora ética del hombre a una fe eclesial vinculada a una tradición histórica, etc.

Otro de los filósofos incluidos en esta segunda parte es Fichte, quien destaca de la Reforma su carácter histórico práctico: ésta sería una de las grandes acciones protagonizadas por Alemania, en la que primero la bibliocracia y después la filosofía (que

la reemplaza en su labor educativa del pueblo alemán), se consideran dos etapas en el desarrollo la liberación del Cristianismo de sus formas externas (p. 126). A la desaparición de la fe histórica debería seguir la desaparición de la Iglesia como realidad autónoma (p. 127).

Como es sabido, Ginzo es un conocido y autorizado especialista de la obra de Hegel en nuestro país, y ello se refleja en las más de 40 páginas, en las que, con todo detalle, analiza la relación entre la Reforma y la política, la cultura, el derecho, la historia, en la obra del filósofo de Stuttgart. Y es que Hegel, a decir del autor, «constituye el momento culminante en la historia de esta recepción filosófica de la Reforma» (p. 129), por cuanto en su pensamiento el protestantismo se muestra en todo punto solidario de la Modernidad. La Reforma para Hegel posibilitó la armonía entre lo mundano y lo religioso, permitió la formación de la cultura y la lengua alemanas, contribuyó a entender lo ético y lo jurídico como momentos de lo divino, promovió la libertad religiosa, postuló el primado de la subjetividad, etc.

Tampoco deja de señalar Hegel en su análisis que el error de la Reforma y de Lutero habría sido su aversión a la filosofía, que condujo al literalismo bíblico, reduciendo el papel del pensamiento en la comprensión de los datos revelados (p.165). A este respecto, no le quedaba sino reconocer la superioridad filosófica del catolicismo que permitía abordar los dogmas cristianos de modo especulativo. Y es que, según Ginzo, su filosofía «ante la crítica ilustrada no opta como el Romanticismo por el repliegue sentimental en la interioridad sino que replantea de una forma más profunda el concepto de razón. Y, en última instancia quiere ofrecer una solución al problema que Lutero dejó pendiente en lo relativo a la vinculación del principio religioso con el saber filosófico» (p.169).

Schelling, por su parte, también cree que el culto a la letra de la Biblia interrumpió la continuidad en el desarrollo del cristianismo al eliminar su dimensión especulativa (p. 178). Lo que se precisaba era, por tanto, establecer de nuevo la conexión entre religión, conocimiento y ciencia. Este debía ser el cometido del espíritu alemán (p. 180).

Finalmente, nos encontramos ante Feuerbach y Nietzsche, cuyo pensamiento es interesante no sólo por el lugar que ocupan estos filósofos en el conjunto de la Filosofía de la religión, sino por su relación directa con el pensamiento protestante, como queda patente en el estudio que Ginzo les dedica en la tercera parte de este libro, en la que también encontramos recogido el pensamiento de Stirner, la izquierda hegeliana, Marx y Schopenhauer, entre otros (p.185-278).

Las páginas dedicadas a Feuerbach (pp. 199-223), muestran la importancia de la Reforma en la comprensión que el filósofo tenía de la esencia de la religión: el *autoconocimiento del hombre*, forma parte de un proceso en el que el protestantismo constituye una de sus etapas fundamentales. Y es que para Feuerbach la Reforma habría protagonizado la liberación del hombre desde el punto de vista práctico (primando al Dios *para el hombre* y no al Dios *en sí mismo*), quedando pendiente la liberación teórica que vendría de la mano de la filosofía (p.212). Esta liberación tendrá lugar mediante la *humanización de Dios*, con la *transformación de la teología en antropología*, al reconocer que el verdadero Dios del protestantismo es Cristo (p. 223).

La relación de Nietzsche, a su vez, con la Reforma es estrechísima, no sólo como estudiante de teología, sino también como descendiente de toda una línea de teólogos

protestantes que se remonta al siglo XVII (p. 261). Lutero será ensalzado por Nietzsche como el iniciador de la Reforma, uno de los momentos cumbre en la historia del pueblo alemán, así como el autor de la principal aportación al proceso de creación de la lengua alemana, del que el filósofo se considera continuador. Al mismo tiempo, presenta la Reforma como contrafigura del Renacimiento, como un momento que frena el papel de la Ilustración en su proceso de transmutación de los valores cristianos. La vuelta a los valores primigenios del cristianismo que promovía el protestantismo constituía la negación misma del proyecto ilustrado. La filosofía alemana se entiende como teología camuflada, por cuanto su empeño por armonizar fe y razón contribuye a retardar la aparición de una visión atea del mundo, continuando, de ese modo, la labor iniciada por el protestantismo (p. 274).

Como podemos apreciar en este apretado resumen, este libro nos muestra no sólo lo que los filósofos piensan acerca de la Reforma, sino que permite presenciar evolutivamente la creación de un método distinto de acercamiento a la obra del reformador, un método *filosófico*. Ahora bien, por más que la intención del autor haya sido la contraria, creemos que lo que *no* ofrece este ensayo son las claves que permiten apreciar la continuidad entre la Reforma luterana y la filosofía. Creemos que la ausencia de análisis de la *asunción* o *recepción* por parte de la filosofía alemana de ciertos tópicos teológicos luteranos (oposición ley/evangelio, voluntarismo divino, principio de la *sola fides*, etc.), deja sin explicar en qué consiste la continuidad entre las lecturas teológicas y filosóficas de Lutero, mostrando, más bien, la existencia de un pensamiento filosófico heterodoxo *paralelo* a la interpretación teológica ortodoxa.

A modo de ejemplo, si admitimos que uno de los conceptos claves de la Reforma es la *interpretación literal de la Biblia*, al tiempo que la *renuncia a la mediación filosófica*, habría que explicar por qué todos (o la mayoría) de los autores se oponen al literalismo bíblico reivindicando de nuevo el papel de la función de la filosofía en el campo religioso. ¿Acaso ambas lecturas son igualmente fieles al pensamiento de Lutero? Si, por el contrario, se trata de etapas de un mismo proceso, queda por explicitar el nexo que permite establecer su continuidad. No podemos apelar, como hacía Lessing, al *espíritu* de Lutero para mostrar la continuidad entre el Lutero histórico y el filosófico, puesto que este espíritu no es interpretado de modo unívoco: cada filósofo entenderá de modo distinto la *esencia* del pensamiento del reformador. Por otra parte, la insistencia de la filosofía en la crítica a la teología institucional permite afirmar que ambas no participan del mismo modo de ese espíritu. Ahora bien, si eso es así ¿cuál de ellas contribuye a fundar el principio ilustrado de la libertad religiosa, la que afirma o la que niega el biblicismo?

Lo que este ensayo no permite entender, creemos, es la continuidad entre el Lutero de los teólogos y el Lutero de los filósofos, cuestión que resulta imprescindible para establecer la aportación de Lutero a la Modernidad. De no explicitarse esta conexión, bien podríamos pensar que la transformación de Lutero en filósofo operada por la filosofía alemana es semejante a aquélla otra por la cual la escolástica tomista había convertido en cristiano a Aristóteles.